

***Mounier:
un maestro para nuestro tiempo
(1905-1950)***



Acontecimiento agradece a la Association des Amis d'Emmanuel Mounier, a su presidente, Guy Coq, y a Iván Cedrón, su colaboración, gracias a la cual podemos ofrecer un material gráfico sobre E. Mounier en gran parte inédito en España.

Emmanuel Mounier. Lieja (Bélgica). Julio de 1938

En el 50° aniversario de la muerte de Emmanuel Mounier las XI Aulas de Verano del Instituto que lleva su nombre tenían que celebrar tan señalada fecha, y la mejor manera era dedicarlas al ilustre pensador dando, con ello, oportunidad a las jóvenes generaciones de acercarse a su modo de pensar y de vivir, al tiempo que rendían un merecido homenaje a quien siempre estaremos agradecidos por su obra y su testimonio.

Mounier fue un hombre presente en la encrucijada de caminos decisivos de su tiempo. Allí donde un conflicto debatía problemas esenciales de humanidad, allí donde un peligro acechaba a la dignidad de la persona, allí donde la verdad cedía ante el error y la mentira, allí estaba presente Mounier. Su fina inteligencia y su exhaustiva preparación intelectual le permitió seguir la genealogía de los problemas hasta encontrar el origen verdadero de los males presentes, la raíz inhumana de las crisis humanas, de manera que supo iluminarlas con una perspectiva original y certera.

Sin embargo, a pesar de su capacidad de poner el dedo en la llaga y de atacar los males en profundidad, tuvo que permanecer en la solitaria minoría de los que más cerca se encuentran de la verdad. Mientras tanto, los movimientos de su tiempo, que parecían ser mayoría, instalados en la prepotencia segura de su permanencia en la historia y hasta la eternidad, dispuestos a comerse el mundo, han ido abandonando el escenario como una coreografía obsoleta y devaluada. ¿Quién los recuerda hoy? ¿Qué fue de aquellos fascismos, marxismos, existencialismos? ¿Qué alternativa humanizadora ofrecieron? ¿Qué se podía esperar de ellos? Y, sin embargo, cuánta gente puso sus esperanzas en ellos.

Pasado el tiempo, y quitada la razón a quienes tanto vociferaban, no se comprende como no se reconoce que la razón, el sentido de la historia y la perspectiva más clarividente sobre los problemas humanos residían en otra parte. Los materialismos de la igualdad o de la desigualdad, de la materia-clase, burguesa o proletaria, o de la materia-estado, hace mucho que entraron en decadencia. Y los diversos espiritualismos no han hecho más que degenerar, tanto los tributarios de los dioses que exigen sumisión a cambio del

cálido bienestar del individuo aislado, como los que invitaban a la libertad exacerbada, sin dirección ni medida, del individuo deificado en el reino efímero de su existencia. A pesar de ello, los herederos de ambos forman sindicatos de vedettes intelectuales que, aun tan perplejos como están, siguen siendo los gerentes de la cultura y los popes de la moral para maniqués.

Si bien la historia empírica les ha negado legitimidad, aún no se la ha otorgado a la propuesta resistente de Mounier: el personalismo. Pese a un pequeño resto que persiste, el orden de un mundo construido bajo la inspiración de una concepción de la persona se resiste a hacerse realidad. Y es que las ideas perennes no son suficientes para hacer un lugar a la utopía, es necesario, además, un combate perenne contras las fuerzas radicadas en los bajos fondos humanos y en las cúpulas sobrehumanas del poderío terrenal.

La tarea pendiente y fundamental del personalismo, además de la difusión de las ideas doctas y preclaras, consiste en el desarrollo de un movimiento organizado que recorra el espacio, indebidamente agrandado, que media entre la moral y la economía, como quería Charles Peguy.

Mounier sigue vigente, tanto por sus ideas como por su testimonio cargado de futuro. Capaz de insertarse con plena paz en el interior de los conflictos, maestro en el arte de mantener el equilibrio en la situación más peligrosa, hombre con vocación de síntesis difíciles, su testimonio nos invita a entrar de lleno en los conflictos y peligros de nuestra época animados por un espíritu revolucionario.

La revolución personalista y comunitaria es la revolución pendiente. Para ponerla en práctica es imprescindible devolver al personalismo a su lugar original: al lado de los pobres y de las víctimas, y frente de un sistema mundial políticamente opresor y espiritualmente alienador de la persona. Esta revolución, espiritual y política, tendrá que ser mundial para serlo de verdad y, para ello, necesitaremos un nuevo internacionalismo que hay que comenzar a construir.

Esperamos y deseamos que este 50° aniversario de Mounier sea ocasión para tomar conciencia de esta exigencia.